
DIGGER
CAVAR O MORIR
DEBORAH COLETTE
ILUSTRADO POR DAVIDE ORTU
TEKTIME

NOTA DE LA AUTORA

Cuando la mayor parte del aire de la Tierra se escape al espacio a través de una gran grieta en la atmósfera exterior —dejando solo unos pocos metros de aire respirable cerca del nivel del mar—, todos los seres humanos, animales y criaturas que se encuentren por encima de ese nivel… morirán.

¿Increíble? Bueno, en realidad parte de nuestro aire se escapa al espacio constantemente.

Una de las capas externas de la atmósfera —la magnetosfera— protege a la Tierra de los vientos solares que la bombardean constantemente; sin embargo, las partículas solares entran regularmente a través de pequeñas grietas.

Vemos pruebas de ello cuando estas partículas producen la hermosa aurora boreal, pero también pueden dañar los sistemas electrónicos de la Tierra; se han desviado aviones, se han inutilizado satélites y se han colapsado redes eléctricas.

Y al mismo tiempo que entran estas partículas, el aire de la Tierra se escapa.

Si unas pequeñas grietas pueden causar este tipo de daños, cuando se produzca una gran grieta, se escapará aún más aire de la Tierra.

Solo contamos con nuestras capas atmosféricas externas para protegernos y estas están siendo dañadas por los gases de efecto invernadero.

Y… se avecina una gran erupción solar.

La gran pregunta es: ¿Podrán las debilitadas capas externas de la Tierra protegernos ahora y en el futuro?

Capítulo Uno
Nick

—¡Se cae el cielo! ¡Se cae el cielo! Gritaba un chico desde el pasillo del colegio.

—Oye… Nick… ¿qué está diciendo? Susurró Reef, cuyo pupitre estaba al lado del mío.

—¿Eh? Murmuré, levantando la vista de las fotos de la excavadora más grande del mundo —la Bucyrus RH400— que estaba mirando a escondidas en mi libro de inglés. —Ah, algo sobre que se cae el cielo…

Los gritos se hicieron más fuertes y luego se desvanecieron al pasar por nuestra puerta.

—Tío… suena como Stewie, dijo Reef.

Incliné la cabeza para escuchar mientras los gritos volvían a sonar.

—Sí… ese es Stewie, sin duda.

Stewie vivía calle abajo de mi casa y enfrente de la de Reef. Era pequeño para su edad y a menudo Butch, el matón del barrio, se metía con él. Pero luego… conmigo también lo hacía.

Mis compañeros se rieron cuando nuestra profesora abrió la puerta y gritó: —¡Stewie… para! ¡Stewie Chen! ¡Para ahora mismo!

Pero él siguió corriendo y pasó de nuevo.

Todos se levantaron de sus asientos y se agolparon alrededor de la puerta. Yo también me levanté y me abrí paso hasta la primera fila.

Al final del pasillo, la señorita Wilson, la profesora de mi hermana Lily, salió de su clase. Casi tuvo que derribar a Stewie para detenerlo, y luego lo sujetó con fuerza por los hombros. —Stewie, cálmate.

Estaba angustiado, tratando de recuperar el aliento.

—¿Y el cielo? Preguntó ella, soltándolo.

Metió la mano en el bolsillo para sacar su inhalador y se lo llevó a la boca. Tenía un asma grave que empeoraba cuando se alteraba… lo cual era prácticamente todo el tiempo.

Miró a la señorita Wilson y luego recorrió con la vista el pasillo de arriba abajo, fijándose en el resto de nosotros. Muchos profesores y alumnos estaban ahora de pie fuera de sus aulas observando el drama.

—El… el… cielo… se está cayendo, gritó entre jadeos.

Stewie solía exagerar las cosas, pero yo tenía el mal presentimiento de que algo iba realmente mal. Algunos alumnos miraron sus móviles, sacudiendo la cabeza, sin poder conectarse.

Me acerqué a Stewie. —Oye, amigo, ¿a qué vienen todos esos gritos?

Se volvió a dar otra inhalada antes de poder hablar. —Nick... el cielo *se está* cayendo... de *verdad*.

En ese momento supe… que no bromeaba. Tuve que tragar saliva con fuerza para no vomitar el almuerzo.

El sonido del altavoz me hizo dar un respingo. Por los altavoces, la voz del director retumbó: "Atención a todos. Se han activado los procedimientos de emergencia. Los que vayan a pie deben irse a casa inmediatamente. Los que vayan en autobús deben esperar fuera. Repito, se han activado los procedimientos de emergencia. Los que vayan a pie deben irse a casa inmediatamente. Los que vayan en autobús deben esperar fuera. Gracias… y manténganse a salvo".

Todos nos miramos fijamente, paralizados.

Entonces todo se volvió una locura cuando los chicos salieron en estampida de sus aulas, algunos gritando, otros llorando.

Tenía que ir a buscar a Lily. Era un par de años más joven que yo, y mamá me daría un sinfín de regañinas si no la acompañaba a casa.

Me abrí paso hasta su puerta contra la marea de estudiantes que se dirigían a la salida y la vi avanzando con dificultad hacia mí. Pareció aliviada cuando la agarré del brazo.

—Gracias.

Solo gruñí.

La arrastré entre la multitud, salimos disparados por la puerta y luego corrimos hacia un claro en el césped donde nos detuvimos y miramos hacia

arriba.

—¿Qué le pasa al cielo? Preguntó ella.

—No lo sé. A mí me parece igual.

Era un día soleado normal de junio. Lo único que yo veía eran unas pocas nubes tenues.

—Nick, me da miedo que algo nos caiga encima.

No quería admitirlo, pero a mí también me daba miedo. ¿Qué había ahí arriba que pudiera caer? ¿La luna, un satélite, un meteorito? Sí… un meteorito. Había montones de películas sobre meteoritos que se estrellaban contra la Tierra.

—Será mejor que nos vayamos a casa y veamos las noticias.

Mientras caminábamos, ambos no dejábamos de mirar hacia arriba. Yo estaba preparado para salir corriendo si algo caía… bueno… siempre que fuera lo suficientemente pequeño como para que pudiera esquivarlo.

Salí de mis pensamientos aterradores cuando una mujer chocó conmigo mientras corría hacia la escuela. Todo el mundo corría. Los coches pasaban a toda velocidad. Parecía que el mundo se estaba volviendo loco. Volviéndose loco antes de que tal vez… acabara.

Llegamos a nuestra calle, que discurría por una larga colina. Pequeños bungalós de la posguerra se alineaban a ambos lados hasta la cima, donde habían sido derribados y sustituidos por casas enormes. Los patios traseros eran pequeños en el lado izquierdo —mi lado— de la carretera porque, a unos doce metros de los porches traseros, comenzaba un barranco profundo y boscoso. Y en el fondo del barranco discurría un arroyo, ahora tranquilo en junio, pero en primavera, fuerte y traicionero.

Aunque solo vivíamos a mitad de la larga colina, siempre me quedaba sin aliento para cuando llegaba a la puerta de casa.

Tanteé nerviosamente mientras intentaba abrir la cerradura y, cuando lo conseguí, Lily se me adelantó corriendo para encender la televisión.

El presentador de noticias hablaba de kits de supervivencia. Las palabras que aparecían en la parte inferior de la pantalla decían: “EMERGENCIA INTERNACIONAL: RECOGAN COMIDA ENLATADA, AGUA,

MANTAS, LINTERNAS Y PILAS, Y BUSQUEN REFUGIO EN ZONAS BAJAS. SI NO LO HACEN, MORIRÁN".

Muerte.

Joder.

Esto estaba pasando de verdad.

Me sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

Capítulo dos
Lily

—Nick, tengo miedo, dije mirando la tele y temblando. —No dicen qué pasa.

—Prueba con otro canal, dijo él.

Lo intenté, pero solo se veía nieve. Volví al canal donde la presentadora de noticias decía: “Como consecuencia de las circunstancias, los satélites de todo el mundo están fuera de servicio. Permanezcan atentos a este canal, ya que transmitimos desde nuestra emisora local”.

—Mierda, los satélites no funcionan, dijo él. —Controlan todo… los teléfonos móviles, Internet…

Un coche tocó el claxon en la entrada. Salí corriendo por la puerta.

—Mamá, grité. Me sentí mucho mejor al ver que estaba en casa.

Nick me siguió fuera mientras ella salía del coche, se dirigía al maletero y cogía dos bolsas de la compra.

—Menos mal que los dos estáis a salvo en casa, dijo. —Nick, trae bolsas de basura, rápido.

Él se quedó allí parado.

—Ahora, por favor, gritó ella, pasando junto a él, mirando a su alrededor con ansiedad como si le preocupara que alguien estuviera mirando. ¿Por qué le importaría eso?

—Lily, ayuda tú también, gritó mientras subía corriendo las escaleras.

Fui al maletero y cogí una bolsa. Luego corrí dentro, la dejé caer en el suelo del salón y salí a por otra carga.

Nick le dio a mamá unas cuantas bolsas de basura de plástico y ella le devolvió una. —Echa todo aquí dentro.

Abrió la puerta trasera del coche. El asiento estaba cubierto de comida. Me preguntaba por qué necesitábamos tanto, pero me daba miedo preguntar.

—Toma, Lily, dijo mamá, entregándome una bolsa de basura. —Empieza a meter las cosas del asiento delantero.

—Vale, dije. Cuando abrí la puerta, cayeron al camino de entrada cajas sueltas de fideos, latas de atún y fruta. Las recogí y las metí en la bolsa, empezando por las latas. Mamá era cajera en la tienda de comestibles del barrio, así que sabía que lo más pesado iba primero.

Nadie habló hasta que terminamos de vaciar el coche.

—Mamá, ya he terminado, dije.

Ella ya estaba corriendo hacia la casa con una bolsa de basura en cada mano, gritando: —¡Date prisa!

Cuando estuvimos todos dentro, cerró la puerta, echó el cerrojo y luego se apoyó contra ella, tratando de recuperar el aliento.

—Mamá, me estás asustando, le dije.

Se abalanzó hacia mí y me abrazó.

—Lo siento… lo siento mucho, Lily. Teníamos que meter la comida antes de que alguien nos viera.

—¿Por qué?

Miró por la ventana del salón. —Tenemos que bajarlo todo al sótano.

Nick bufó. Lo único que parecía hacer desde que papá se fue era bufar.

Cogimos tantas bolsas como pudimos y las bajamos por las escaleras del sótano hasta el trastero.

Mamá las cubrió con mantas. —Tenemos que esconderlo todo.

—Pero ¿por qué?

—Sí, ¿por qué? Preguntó Nick. —¿De quién lo estamos escondiendo… de nuestros vecinos?

Se detuvo y nos miró fijamente. —Sí, de nuestros vecinos, y de cualquiera que pueda venir a la puerta.

—¿Por qué querría alguien nuestra comida? Pregunté, preguntándome por qué no podían simplemente ir a la tienda.

Entró en la sala de estar, haciéndonos señas para que la siguiéramos, y se sentó en el viejo sofá cama.

—Hace aproximadamente una hora, el gerente de la tienda reunió a los empleados. Nos dijo que algo le había pasado a nuestro aire. Le habían advertido de que iban a saquear los supermercados, que los empleados debíamos coger toda la comida que pudiéramos y luego ayudar a los clientes si estaban lo suficientemente tranquilos. Casi había cargado el coche cuando apareció una multitud de gente. Al principio estaban tranquilos, pero a medida que llegaban más, cundió el pánico. Intenté ayudar, pero simplemente me ignoraron. Finalmente, el gerente nos dijo que nos fuéramos a casa.

Nunca había tenido tanto miedo en mi vida. ¿Era esta la última comida que íbamos a tener?

Respiró hondo y continuó. —Cogí una última tanda y salí al coche. Estaba metiéndola en el maletero cuando… un hombre se acercó en coche por detrás y salió del vehículo. Me empujó y empezó a robarme la comida. Intenté detenerlo, pero me empujó de nuevo y siguió adelante. Se acercó otro hombre y le dijo que se comportara como un civilizado, pero el ladrón le dijo que se metiera en sus asuntos y también lo empujó. Mientras discutían, me metí en el coche y me fui.

—¿Te hizo daño? Preguntó Nick.

Se frotó la parte superior del brazo derecho y se subió la manga de la blusa. Tenía un gran moratón.

—Mamá, sí que te hizo daño, dije, tocando suavemente la parte exterior.

—No me duele tanto, Lily. Solo espero que el hombre que me ayudó esté bien.

Miré a Nick. Estaba callado, pero parecía muy enfadado, así que, para cambiar de tema, me acerqué al televisor y lo encendí. Las palabras que aparecían en la parte inferior de la pantalla decían: “ANUNCIO OFICIAL DE LA CASA BLANCA”.

La presentadora dijo: “Funcionarios de la NASA han confirmado que una gran grieta en la magnetosfera terrestre está provocando que nuestra

atmósfera se escape al espacio".

Mamá dio un grito ahogado.

—¿Qué es una magnet…osfera? Pregunté.

—Shh, dijo Nick.

La presentadora de las noticias continuó: "El nivel de aire respirable ha descendido hasta unos tres kilómetros sobre el nivel del mar. Es posible que el nivel se estabilice con el tiempo, pero la NASA no puede confirmar ni predecir las condiciones futuras. Se aconseja a todos desplazarse a la menor altitud posible. No hacerlo puede provocar la muerte".

Mamá corrió hacia el televisor y lo desenchufó.

—No puedo soportar mucho más ahora mismo, dijo, llevándose la mano a la frente y subiendo las escaleras del sótano. —Nada de televisión para vosotros dos.

Me volví hacia Nick, esperando que se encogiera de hombros y dijera que no era para tanto. Eso era lo que siempre hacía. Pero hoy no. Parecía tan asustado como yo.

—Nick, ¿qué *es* una magnetosfera? Le pregunté.

—No lo sé, dijo. —Pero está filtrándose. Y creen que todos podríamos morir.

Capítulo tres
Nick

Estaba sentado en mi cama, flipando. No dejaba de pensar en cómo el aire respirable se nos escapaba al espacio. ¿Estaba a salvo en el sótano? Mi dormitorio y mi baño estaban aquí abajo; papá me los había construido cuando me hice demasiado mayor para compartir habitación con Lily arriba.

Se marchó hace un año para trabajar en un proyecto de construcción en Nueva York. Era el mejor excavador de la zona: manejaba grandes retroexcavadoras. A mí también me encantaba excavar y quería enseñarle cómo había aprendido a cavar un túnel seguro apuntalándolo con madera para evitar que se derrumbara. Pero nunca tuve la oportunidad de enseñárselo. Nunca volvió.

Tenía que averiguar más sobre lo que estaba pasando, así que subí las escaleras. Mientras caminaba por el pasillo, oí la tele desde la habitación de mamá. Llamé a su puerta.

—¿Sí? Gritó mientras la apagaba. Pasa.

Entré, miré la tele y luego a ella.

—Necesito saber qué está pasando.

Ella apartó la mirada.

—Sé que piensas que soy un inútil, pero no lo soy.

—¿Qué te hace pensar eso?

—No sé… siempre estás…, dije dándome la vuelta para salir.

—Olvídalo.

—Nick, espera.

Me detuve.

—Lo siento… he estado tan… abrumada… desde que tu padre se fue…

Entonces se llevó la mano a la frente. Siempre hacía eso cuando se sentía mal. Lo ha pasado mal desde que él se fue… pero yo también.

—Ahora tenemos problemas más graves. Miré la tele.

Suspiró y luego cogió el mando a distancia y la encendió.

En la pantalla aparecieron imágenes de calles de la ciudad y de autopistas atestadas de coches y camiones.

—¿Adónde va todo el mundo? Pregunté.

—Se dirigen a zonas bajas. Todos los que están en las montañas… todos los que están en una ciudad que no está cerca del nivel del mar están intentando bajar lo más posible por si el nivel del aire sigue bajando.

—¿Por esa grieta en la… magnetosfera? ¿Qué es eso, por cierto?

Me dio una palmadita en la cama a su lado para que me sentara, cogió un trozo de papel de su mesita y dijo: —He estado tomando notas. Dicen que es el campo magnético el que protege a la Tierra del Sol. ¿Has oído hablar de la aurora boreal?

—Sí… a veces el cielo del norte se ilumina por la noche…

—Bueno… se producen cuando las partículas solares chocan contra nuestra atmósfera al atravesar pequeñas grietas. Y al entrar, nuestro aire se escapa.

—Entonces, ¿no son algo tan bueno?

—No. En el pasado, cuando entraban demasiadas partículas, quemaron satélites, redes eléctricas en la Tierra e incluso los sistemas electrónicos de los aviones. ¡Las rutas de vuelo tienen que cambiarse cuando hay demasiada actividad solar!

—¡Vaya! Y esta vez la grieta es enorme.

—Sí. El aire se nos está escapando tan rápido que la gente que esté a gran altitud morirá si no se traslada inmediatamente a una zona más baja.

—¿A dónde van a ir?

—Por ahora, a centros comunitarios, colegios y aparcamientos.

En la pantalla apareció una imagen de cientos de personas apiñadas en un centro comunitario.

Mamá se estremeció. —Yo no aguantaría mucho tiempo ahí dentro.

Las multitudes la ponían nerviosa.

—Aquí estamos bien, ¿no? Pregunté. —Quiero decir… el océano está justo al final de la calle.

—Estamos a solo unos metros sobre el nivel del mar, así que sí; deberíamos estar bien mientras la Tierra siga teniendo algo de oxígeno.

Tragué saliva. Eso no me hacía sentir muy seguro. Vivíamos en una larga calle que descendía hacia el océano, que estaba a unos dos kilómetros de distancia. La gente de las enormes casas situadas justo en la playa probablemente estaba mucho más a salvo que nosotros.

—¿Hasta dónde bajará? Pregunté.

—No lo han dicho.

—Lo buscaré en Google, dije, levantándome para mirar el portátil.

—No hay conexión a Internet.

—Ah, sí. Se me había olvidado.

—Y los teléfonos tampoco funcionan, dijo ella. —El ejército se está haciendo con el control de las líneas fijas.

De todos modos, ahora la mayoría de la gente tiene móviles, pero tampoco funcionan.

No podremos contactar con nadie. Ni siquiera con papá.

—¿Dijeron cómo se produjo la grieta? Pregunté.

—Bueno… saben que una gran erupción solar llamada CME —eyección de masa coronal— golpeó la Tierra. Pero ya han ocurrido antes… no están seguros de por qué esta causó la gran grieta.

Oí un fuerte golpe en la puerta principal.

Mamá me miró, alarmada. Corrí por el pasillo hasta la ventana y miré a escondidas.

—Es Hank, el padre de Butch, le susurré a mamá, que ahora estaba de pie cerca de la puerta, retorciéndose las manos.

«Oh, no», dijo, poniendo cara de asco. Hank era un capullo aún mayor que su hijo Butch, que acosaba prácticamente a todo el mundo en el colegio. Alguien le había contado a Butch lo de mis excavaciones y, desde

entonces, no paraba de llamarme Gopher (Topito). Y yo sabía quién se lo había dicho: era mi antiguo mejor amigo, Noah, que vivía al lado.

Los golpes continuaron hasta que gritó: —Soy Hank, el de más abajo en la calle. Solo quiero preguntarte algo—.

Mamá me miró con el ceño fruncido y luego, vacilante, desbloqueó la puerta y la abrió.

—¿Sí? Preguntó.

—La tienda se ha quedado sin comida, dijo él. —Me preguntaba, ya que trabajas allí y todo eso… ¿sabes cuándo van a traer más?

Mamá negó con la cabeza.

—¿Conseguiste algo antes de que la vaciaran? Sonrió, pero había una verdadera malicia en su voz.

Ella volvió a negar con la cabeza y chilló: —Hoy es mi día libre.

Él la miró con recelo, tratando de asomarse por encima de su hombro hacia la cocina.

—¿Me avisas si te enteras de algo? Preguntó.

Ella asintió y cerró la puerta, con las manos temblorosas.

Me miró y dijo: —Tenemos que esconder la comida. Si vuelve, destrozará este lugar y se lo llevará todo.

—No se lo permitiré.

Me miró, aterrorizada. —Es un cazador. ¡Tiene armas!

—¿Armas? Joder.

Tendríamos que esconder la comida muy bien. Tendría que contarle lo de mis excavaciones.

—Mamá, dije. Ella no respondió.

—Mamá, dije más alto.

—¿Qué?

—Yo… yo…

—¿Qué pasa?

—Seguí excavando.

—¿Excavando?

—Sí… excavando túneles.

—¡Nick! Tu padre te había dicho que pararas. Es demasiado peligroso.

—¡Él no estaba aquí para detenerme! Grité enfadado.

Mamá bajó la mirada. La había hecho sentir mal otra vez. Parecía que eso era lo único que hacía últimamente.

—En fin, dije. —Tengo un lugar donde esconder la comida.

—¿De verdad? ¿Dónde?

Le hice una señal para que me siguiera mientras bajaba las escaleras hacia mi dormitorio. En la esquina del fondo, tiré de un pomo oculto tras un póster. Mamá se quedó boquiabierta cuando se abrió una pequeña puerta.

—¡Has hecho un agujero en los cimientos! Gritó, con las manos en las caderas.

—No ha dado ningún problema, dije mientras metía la mano por el agujero y encendía una luz que iluminaba una pequeña habitación.

Mamá asomó la cabeza. —Increíble. ¡Está revestida de madera!

—Contrachapado. ¿Recuerdas que papá iba a construir un taller junto al cobertizo? Tenía todo el material para ello.

—¿Cómo… cómo sabes hacer todo esto?

—Le ayudé cuando terminó el sótano. Y busqué cosas en Google.

Me sentí defraudado de que papá y yo no hubiéramos podido construir el taller. Su padre, su abuelo y su bisabuelo habían sido constructores en Italia. Cuando construíamos cosas juntos, sentía que estábamos manteniendo viva una gran tradición.

Mamá se quedó callada.

—Vamos a por la comida, dijo de repente, saliendo corriendo. La seguí hasta el trastero, donde quitó las mantas de las bolsas. Cogió dos de ellas y las deslizó hacia mi dormitorio. Hice lo mismo y, cuando las tuvimos todas,

me metí en la diminuta habitación. Mamá me pasó las bolsas y, cuando ya estaban todas dentro, dijo: —Me gustaría ordenarlas, pero no sé si cabré por esta puerta. Y parece… que hay poco espacio ahí dentro.

Además de odiar las multitudes, mamá también era claustrofóbica. Así que me sorprendió cuando entró, apretujando las caderas para pasar por la estrecha puerta. Sentándose, se rió nerviosamente y dijo: —Espero poder salir.

—Puedo ir a buscar un poco de grasa, dije, sonriendo.

—Creo que me las arreglaré, dijo mirando a su alrededor con ansiedad. —Me sorprende que hayas excavado esta habitación.

—Oh… esto no es nada, dije con entusiasmo, abriendo una puerta en la pared del fondo. —También he excavado un túnel hasta el barranco.

—¿Qué has hecho qué?

Se arrastró hasta mí, se asomó y se quedó boquiabierta cuando encendí una guirnalda de luces navideñas que recorría el techo del túnel hasta donde alcanzaba la vista.

You've Just Finished your Free Sample

Enjoyed the preview?

Buy: http://www.ebooks2go.com